

“DESPUES QUE UNO ESTA PERDIDO, NO LO SALVAN NI LOS SANTOS”

AL referirme en este artículo a la Constitución Nacional, no pretendo intervenir en la discusión de si debe o no ser modificada, porque, para los que pertenecemos al pueblo, ese hecho es ya indiscutible y, en consecuencia, indiscutido. Tampoco esgrimir los argumentos comunes de algunos improvisados constitucionalistas de nuestros días, al alcance de todos, como la “ropa hecha”. Deseo, sí, arrimar la opinión de la ciudadanía peronista, hasta hoy ausente en este debate, quizá por disciplina, quizá por prudencia o por sentido común.

*

Entre lo sabio que nuestra Constitución establece, se encuentra la forma en que ha de modificársela, en su todo o en sus partes, para lo cual fija tres claras y definidas etapas: Ley del Congreso; Decisión plebiscitaria del pueblo; Convención Nacional.

Siendo el Congreso actual auténtico representante de la opinión popular, quien realiza la primera etapa — ya superada — y un verdadero plebiscito popular el encargado de decidir la segunda, ¿qué utilidad y qué interés puede tener este inusitado desgaste de dialéctica por decidir una discusión que, en último análisis, será el pueblo quien resuelva por propia decisión soberana?

Las causas que ocasionan la actual competencia de quienes publican esas declaraciones hay que buscarlas en otro origen, que nada tiene que ver con las conveniencias, el bien de la Nación o la defensa de nuestras instituciones básicas. Hay en todo eso un fondo inconfesable que hace que ciertas personas contumaces, en su ofuscación, sostengan lo contrario de lo que siempre sostuvieron, esgrimiendo sofismas y falsedades, cuando no calumnias, para confundir a la opinión pública.

*

Los políticos en desuso, que antes sirvieron a medias en el Estado y en los consorcios extranjeros, defienden los últimos reductos de la quimera de “volver a ser”. Ellos creen aún posible la “marcha atrás” de

un pueblo que ha descubierto su destino y ha roto sus cadenas. Ellos creen que todavía pueden salvarse, pero "DESPUES QUE UNO ESTA PERDIDO, NO LO SALVAN NI LOS SANTOS".

La oligarquía, por despecho y por avaricia, no será ni humilde ni generosa. Al perder el poder, con él la riqueza, es incapaz de luchar. Por eso acciona por medios indirectos; como no puede luchar, traiciona. Con ello cree salvarse, pero "DESPUES QUE UNO ESTA PERDIDO, NO LO SALVAN NI LOS SANTOS".

Todos ellos, políticos desplazados y oligarcas contumaces, unidos a los residuos dispersos de un capitalismo de explotación — verdadero enemigo del capital argentino — no lucharon ni lucharán nunca por lo criollo, por lo nacional. Ellos dirigen sus miradas angustiosas y sus plegarias al exterior. Ellos declaran, ellos escriben, ellos declaman para las agencias extranjeras de noticias, encargadas de hacer llegar a sus antiguos amos el indicio de que aun viven, a pesar de todo. Los "nativos" como ellos llaman al pueblo, no tienen interés que se enteren. Ellos piensan que aun puede algún trabajador extranjero prestarles desde lejos su ayuda, y fieles a quien los pagó y llenó de ignominia esperan todo de "él". Luego creerán que todo se arregla con haber tenido ascendientes ilustres o una gran fortuna. Ya vendrá, por otra parte, la ayuda "de afuera" que les permitirá seguir sirviendo a dos banderas.

*

Ellos olvidan que el "milagro argentino" hoy se realiza sólo en la Argentina; que ya pasaron los tiempos en que todo nuestro destino se resolvía a miles de millas de nuestra tierra; que los argentinos son hoy artífices de su propio destino. Sus ojos angustiados, que "miran hacia afuera", permanecerán cegados a la traición, porque hoy la traición ya no es posible; hoy sólo es la lucha la que decide y el pueblo argentino ha aprendido a luchar por su salvación y por su destino.